

VII

Tan rendido, tan agotado de fuerzas me dejó el ajetreo del 23, que no pude salir de casa hasta el segundo día. En la mañana de éste, hallándome anegado en la cobranza de los atrasos que el sueño me debía, mi pobre cuerpo fué sacudido por una mano vigorosa. Desperté, y vi ante mí la imagen un tanto grotesca de mi amigo y algo pariente Telesforo del Portillo, más conocido por *Sebo*, el cual me atronó los oídos con estas estridentes palabras: «Levántate, hijo mío, y ven en ayuda de este hombre honrado que hoy es víctima de las envidias y malos quererres. Asómbrate y llénate de coraje. Acabo de recibir mi cesantía del puesto que desempeña en la Dirección de Penales.»

Ayudándome á salir del lecho y á vestirme, prosiguió así su matraca: «Ya sé que eres uña y carne de Pí y Margall... Lo sé por Fabiana, que es amiga de la lavandera de don Joaquín Pí Margall, hermano del don Francisco... No vengas ahora con repulgos, haciéndote el modestito. El Ministro de la Gobernación ha puesto en ti toda su confianza...» Protesté. Mis negativas me valieron tanto como si quisiese atajar con razones las cornadas de un toro de Miura. *Sebo* insistió de esta manera: «Me han dejado cesante por soplos y delaciones de algún enemigo insi-

dioso... Que si he sido alfonsino, que si era confidente de Martos, que si llevé recaditos al Duque de la Torre... Todo falso, querido Tito, maquinación infame de los *perturbadores de oficio*... Porque has de saber que yo soy federal; *más federal que Riego*... Las nuevas ideas me han conquistado; si lo dudas habla con Roque Barcia, con quien me reuno todas las noches en el café de Venecia. Precisamente anoche estuvimos trazando las lindes *sinlagmáticas* de los futuros Cantones...»

Levantado ya y vestido, corté la palabra de *Sebo*, que me rasgaba los oídos como el estridor de una corneta destemplada. Ni yo poseía la confianza de mi Jefe ilustre, ni osaría recomendarle ningún asunto de personal. Loco estaba quien tal creyera. Lo único que hacer podría era llegarme á Estévanez y... Interrumpióme Telesforo descompuesto, diciéndome: «No, no; Estévanez no, que ese me ha tomado tirria por creer que yo me opuse á que fuera Gobernador...»

Trabajo me costó librarme de aquel tábano molesto... Salimos juntos, y en la calle pude sacudirmelo, con la patraña de que trabajaría por su reposición. ¡Dios de los buenos, en qué fatigas se veía un hombre tan insignificante como el hijo de mi madre! ¡Pobre de mí; los necesitados de protección buscaban sombra en este mezquino arbusto, el último ciudadano de España!... En la oficina pude enterarme de que mi Jefe, don Francisco Pí Margall, Presidente interino del Poder Ejecutivo en ausencia de Figueras, había disuelto

por decreto la Comisión Permanente de la Asamblea Nacional. De la misma forma disolvió los batallones de Milicianos que estuvieron el 23 en la Plaza de Toros y en el palacio de Medinaceli, y otras unidades orgánicas de Artillería, Zapadores y Caballería. Leí la expresiva alocución que dirigió á las Milicias Republicanas y á la guarnición de Madrid, felicitándolas por su actitud patriótica en los pasados disturbios. Estos documentos, que vinieron á enriquecer la copiosa literatura política coleccionada en la *Gaceta*, resultaban muy bonitos, pero no amansaron el oleaje tempestuoso que, iniciado en Madrid, iba extendiéndose por toda la superficie nacional.

De labios del propio don Francisco Pí oí una frase que conservo en mi memoria: «En el telégrafo central siento el latido de las provincias, y encuentro á las más republicanas poseídas de una exaltación calenturienta.» Los partidos derrotados el 23 de Abril por el federalismo, tomaban las posiciones que mejor les convenían. Los Radicales conspiraban allegando voluntades en el Ejército y fuera de él. Los Carlistas, envalentonados por el barullo reinante, multiplicaban sus medios de guerra. Reverdecían como planta bien fecundada las esperanzas de los Alfonsinos. Los Monárquicos defensores del principio en forma impersonal, acrecían con la ridícula bandera del Rey X el desbarajuste hispánico. En tanto, el federalismo, perdida la cohesión en que le mantuvo la lucha con un enemigo

poderoso, se dividía después del triunfo, y en su seno caldeado surgieron, á más de los Intransigentes y Benévolo de marras, los Pactistas convencionales, los Comunistas, y otras variantes del intenso latir que oía don Francisco desde el aparato telegráfico de Gobernación.

Durante el período electoral, que no fué tan turbulento como se creía, no cesaban de salir de Madrid las familias monárquicas y reaccionarias de más viso, generales de cuartel, banqueros, bolsistas, todo el elemento que llamaban sensato y la flor y nata de la *gente de orden*. Con esta emigración, que atestaba diariamente los trenes, el dinero español enriquecía de lo lindo á los fondistas y apesentadores de Biarritz. En aquellos febriles días de Mayo, pasaba yo la mayor parte de mi tiempo rondando el sentir y el pensar de mis conciudadanos; palpaba los corazones; intentaba penetrar con agudos interrogatorios en los cerebros enardecidos. De este pesquisar minucioso y constante saqué la impresión de hallarme en un pueblo de locos.

El desatinado *Sebo*, que no cesaba de acosarme solicitando la protección que yo no le podía dar, escribía artículos hidrofóbicos en *La Igualdad*, periódico sostenido según rumor público con dineros monárquicos. Tan loco como *Sebo*, si bien con diferente modo y estilo, estaba don Basilio Andrés de la Caña, que una y otra vez solicitó *mi valioso influjo* para que le destinaran á Filipinas. «Esta será mi jugada definitiva para redondearme—me

decía el hombre serio, frotándose las manos. —Ya ve usted: jubilación á los treinta años de servicios con los cuatro quintos...; sueldo de Ultramar. Si se me pide mi credo político, diré que el federalismo no me desagrada; pero acá se queda toda esta faramalla si consigo pasar el charco... Ya sé que el Ministro de Ultramar, don José Cristóbal Sorní, no le niega á usted nada. Si usted le habla por mí como espero, dígame que respondo de poner como una seda la contabilidad en aquel Archipiélago.»

Aún no había conseguido librarme de este cínife, cuando vino otro con trompetilla y picadura mortificantes. ¿Sabéis quién era? Pues aquel Modesto Alberique que fué mi sucesor en el afecto y tálamo de doña María de la Cabeza. Nunca vi mayor desvergüenza. Venía á mí con una carta de la tendera frescachona, y pretendía del Ministro de Fomento una plaza de Inspector de Instrucción pública en provincias. Del sentido de la carta y de las palabras del que fué mi mortal enemigo, saqué la consecuencia de que doña Cabeza, hastiada de aquel gandul, quería lanzarle de su lado. «Sabemos de buena tinta — me dijo Alberique, haciéndose de mieles — que el Ministro de Fomento don Eduardo Chao no hace nada sin consultar con usted. Pídale mi plaza, y soy hombre feliz. Volveré por aquí mañana si no le molesto.»

Apenas levantó el vuelo aquel cernícalo, vi entrar en mi gabinete ¡oh sorpresa indecible! á Candelaria y su madre, que cayeron sobre

mí cogiéndome cada una por un brazo, y entre aterrizadas y llorosas me soltaron estas tremendas razones: «¡Tito, Tito; cataclismo en casa... Se nos cae el cielo encima... Rufino ha pedido su traslado á Madrid!... ¡Ay Dios mío, Virgen del Sagrario, válganos el Sér Supremo!... Por lo que más quieras háblale hoy mismo á tu grande amigo Pi y Margall, que no te niega nada... Que no lo trasladen, que lo lleven más lejos, á las islas Chinchas, al Polo Norte, al Polo Sur...» Yo cogía el cielo con las manos, yo me sentía contagiado de la general locura. ¿De dónde diablos había salido la leyenda calumnioso-burlesca de mi poder omnímoto y de mi influjo con todos los Ministros?

Cansado ya de negar dicha leyenda, entróme de súbito un fuerte apetito de darla por verdadera. Invadió mi alma el placer del embuste, el regocijo de la humorada y de la expansión cómica. ¿Qué hice? Pues declararme generoso protector de todos, y pródigo de las mercedes oficiales. A *Sebo*, á Caña, á Modesto Alberique, á Candelaria, y á cuantos después vinieron con lá misma solfa, les dije complaciente y risueño que sí, que sí, que sí; que yo era el bienhechor prolífico de todo el género humano.

Vinieron otros, compañeros míos de oficina, amigos que conocí en la redacción de *El Tribunal del Pueblo*, parientes lejanos, tipos diferentes con quienes tuve ligero trato en los dos años de don Amadeo. Mi humilde gabinete no desmerecía en aquellas mañanas

del despacho de un empingorotado estadista ó de un agente de colocaciones. Metido de hoz y coz en aquella farsa, tenía momentos en que me parecía verdad tanta mentira. Una noche me acosté destemplado y algo febril; tuve pesadillas desatinadas, y cerca ya del día soñé que era Presidente del Poder Ejecutivo, con tal precisión de detalles y tal claridad en los objetos y personas que me rodeaban, que ya despierto permanecían en mi cerebro las visiones como la misma realidad.

Cuando me hallaba ya vestido y preparado para las audiencias, el primer visitante fué un sacerdote anciano y venerable en quien al punto reconocí á don Hilario de la Peña. Asombro y alegría me causó su aparición en mi cuarto. Sus primeras palabras reveláronme torpeza de dicción, como amago de parálisis; su andar era pausado y doliente. Advertí en su ropa menos pulcritud de la que ostentaba cuando hice con él amistad en su casa de la calle de San Leonardo. Al sentarse, la lentitud del juego de piernas y una mueca de sufrimiento, eran señal cierta de que el buen señor declinaba de la vejez terne á la senectud desmayada. Dándome un palmetazo en la rodilla, me habló de esta manera:

«Ya sabe usted, señor don Tito, que soy obispo. Recibí el nombramiento un domingo de Carnaval, no recuerdo la fecha. Yo no solicité tal honor ni entré jamás en mis planes gobernar una diócesis... Pero ello vino porque Dios así lo quiso. Testigo es usted de

que yo me resistí siempre... Pero debo acatar los designios de... los altos designios... Perdone usted, Tito; tengo la cabeza un poco ida. Las ideas se me escapan, las palabras no me obedecen, y...

—Sosiéguese, don Hilario—le dije tocándole en el hombro.—Hable con reposo. Acaricie las ideas para que no se vayan volando, y agarre las palabras por una letra para sujetarlas al pensamiento... Desde Febrero último sé que tiene usted mitra, báculo, anillo, pectoral, y toda la vestimenta de un señor Prelado. No le falta más que...

—Sí, sí; Roma, esa maldita Roma, que no acaba de despachar mi preconización. Por eso he venido...

—Descuide usted; yo me encargo de activar el asunto. Veré al Ministro de Gracia y Justicia hoy mismo. ¡Ah! Con Salmerón no juega la Curia romana. ¡No faltaba más!»

Elevó el santo varón sus miradas al techo, mostrándome en alto las palmas de sus manos como en señal de gratitud, y yo, atento en aquel instante á satisfacer una curiosidad ardiente, le solté la pregunta que me retozaba en los labios desde que le vi llegar á mi presencia: «¿Y *Graziella*, señor don Hilario; *Graziella*, sigue con usted?» Quedóse el buen clérigo suspenso, como si buscara en los desvanes de su memoria un objeto perdido. Nos miramos un rato sin saber qué decirnos.

«¡Ah... ya!—exclamó don Hilario con leve sonrisa.—Dispense usted, amigo Tito... Es que la memoria también se me va. Hay mo-

mentos en que me encuentro totalmente vacío de memoria. Pero ella vuelve. Ha vuelto. Aquí la tengo. ¿Me preguntaba usted si *Graziella*...?

—¿Sigue con usted? Desearía verla.

—Ahora me cuida Celestina Tirado, una santa que lleva recados de la Tierra al Cielo y los trae del Cielo á la Tierra. *Graziellita*... está sirviendo en una casa...

—¿Dónde? ¿Qué casa es esa?

—Espérese usted un poco—dijo don Hilario, mirando al suelo y llevándose el dedo índice á la boca.—Esa perra de memoria se me ha escapado otra vez... Pero ya vuelve... Ya la tengo... La italiana graciosa está hoy al servicio de las Nueve Musas.»

Quedé absorto, movido á intensa compasión, pensando que las potencias mentales del pobre don Hilario se hallaban en lamentable anarquía.

«¿Qué Musas son esas?—le dije.—Serán tal vez señoras de carne y hueso que han tomado el nombre de las hermanitas de Apolo para embromar á la gente.

—No sé, no sé—respondió el cura, queriendo atrapar en el aire con su mano temblorosa las ideas que revoloteaban en derredor de su cabeza.—Las vi una noche... ¿Qué noche fué, Dios mío? Las vi cual máscaras griegas, en procesión solemne, llevando ramas de mirto y laurel... Vuelvo á mi asunto, Tito. Me ha prometido usted hablar á Salmerón...

—Esté usted tranquilo, don Hilario. Nico-

lás no me niega nada... Las Nueve Musas, quiero decir Roma, cederá, y tendremos un Obispo á la moderna, liberal y racionalista.

—Yo no solicité la mitra; pero, una vez metido en este fregado episcopal, no he de quedar en ridículo ante mis feligreses. Debe usted decir al bueno de Salmerón, y á Castelar si le ve, que considero perfectamente compatibles el dogma católico y... ¿cómo se llama eso?... la República *sinlag*... No puedo con esta palabra, que es como un gatito: me araña la lengua cuando quiero atraparla.

—Será usted el primer revolucionario del Catolicismo.

—Usted lo ha dicho—respondió el buen cura, demostrando con risa infantil su desconcierto cerebral.—En cuanto yo trinque el báculo, repartiré buenos golpes á un lado y otro. Lo primero será suprimir en mi diócesis el celibato eclesiástico, quiéralo ó no el Santo Padre. Mandaré á todos mis clérigos que se casen inmediatamente con sus amas, y al que no me obedezca le retiraré las licencias... Los ordenados *in sacris* no deben limitarse á la cura de almas; Dios quiere que se dediquen á procrear, practicando el *crecite et multiplicamini*. Refundiré las Comunidades de uno y otro sexo, organizando los conventos con parejas de frailes y monjas que prediquen el santo dogma, y procreen, y procreen...

—Admirable doctrina, señor don Hilario, que hará inmortal su nombre.

—Y haré más, más... Espérese un poco,

amigo, que se me ha escapado la idea... Ya la cogí. Declararé de texto en mi Seminario mi grande *Historia del Clero Mozárabe*, que usted conoce... Magna obra, ¿verdad? En ella consagro un tomo entero á la Institución de las Barraganas.»

Viéndole en actitud de levantarse, no quise dejarle partir sin que me diera noticias más concretas de *Graziella* y del lugar donde se encontraba. Pero á mis preguntas no contestó sino con gestos denunciadores de la fugaz deserción de su memoria. No insistí, y reiterándole mi promesa de hablar á Salmerón aquella misma tarde, ayudéle á ponerse en pie, no sin que el esfuerzo muscular le arrancase doloridos ayes. Salió renqueando, apoyado en su grueso bastón. Mis patrones, que habían figoneado la visita, le salieron al paso. Don Hilario les echó gravemente la bendición, alargando dos dedos de su mano derecha. Nicanora y Rosita se arrojaron para besarle la mano. Cogido del brazo le llevé yo hasta la puerta, y encargué á Ido que bajase con él la escalera, hasta dejarle en el coche que le había traído.

VIII

Cuanto más arreciaba contra mí la caterva de pretendientes, con mayor desenfado me iba yo metiendo en el delirio de arrojar sobre todos la lluvia de oro de mis generosas

ofertas. En esta rarísima situación psíquica llegué á extremos verdaderamente morbosos. Llenaba mi espíritu un intensísimo sentimiento paternal. Sin duda sufría yo un ataque de altruismo en su forma más aguda y frenética. Antes de referir los casos más extraordinarios de mi dolencia, traeré á estas páginas sucesos públicos que por obligación, no por gusto, debo comunicar á mis parroquianos. Asistí en 1.º de Junio á la apertura de las Cortes Constituyentes y á las sesiones del examen de actas; vi la turbamulta de flamantes diputados, caras inocentes, caras de honrada convicción y sinceridad candorosa, caras de rurales novatos, con visajes de marrullería y destellos de ambición. En su estremo, las Constituyentes fueron bautizadas por un profesional del chiste con el apodo de *tren de tercera*; grande necedad é injusticia, pues el pueblo español dió su representación á bastantes hombres de gran mérito, como á su tiempo se verá.

En los escaños vi á los políticos viejos y jóvenes, que se sustrajeron al retraimiento acordado por todos los partidos no federales: Ríos Rosas, Salaverría, Becerra, Labra, Padiel, San Romá, Elduayen, Esteban Collantes, Canalejas, León y Castillo, Mansi, Marqués de la Florida, Romero Robledo, Fernández Villaverde, Silvela y algunos más. De los que tuvieron arte y parte en la Revolución de Septiembre se quedaron sin acta Rivero, Martos, Sagasta, el Duque de la Torre, Topete, Malcampo y Ayala.

Vuelvo á mi manía de grandezas para decirlos que á lo mejor me abordaban en los pasillos del Congreso sujetos desconocidos para mí, diputados algunos, y llevándome aparte me decían con sigilo: «Amigo don Tito, ya sé que usted tiene vara alta con Pí y Margall...»; ó bien: «No me niegue usted, señor Liviano, que Figueras le quiere á usted como á un hijo...» Otro salía con esta tecla: «¡Por Dios, don Proteo! Hable usted de mi asunto á Nicolás Salmerón. Yo le trato; pero no tengo con él la confianza que usted.» Y uno que parecía venido de las Batuecas se descolgó con esta tocata: «Me dirijo á usted en nombre de un grupo de federales de ley. Sabemos que está usted encargado de redactar el proyecto de Constitución. Que sea muy radical, amigo, atrozmente radical. Hay que destruirlo todo sin compasión y levantar de nueva planta el edificio político y social...» Yo contestaba siempre, con bondad inefable: «Cuenta usted conmigo... Déme usted la nota... Lo tomaré como cosa propia... Será usted complacido... Pierda cuidado..., etcétera.» Como broma podía pasar; pero el día en que la realidad cayese sobre mí, tendría que poner tierra por medio, ó me asesinarían en cuanto saliera á la calle.

Abrasado de impaciencia por tener noticias de *Graziella* y de *Obdulia*, me fui á ver á Celestina Tirado, ama de gobierno del Obispo reformador y casamentero de curas don Hilario de la Peña. Continuaba viviendo este señor en la holgona y cómoda casa de la

calle de San Leonardo. Allí le encontré sentadito y agasajado entre mantas, escribiendo en la mesa de su biblioteca, en la cual los libros y papelès rivalizaban en desorden caótico con el caletre del pobre anciano. Saludóme éste con afable sonrisa, y, después de echarme la bendición, siguió redactando el *Boletín Eclesiástico* de su diócesis, como si yo no estuviera presente.

A punto entró el ama de gobierno, mostrándome sus afectos como en los días en que nos conocimos. No tardé en formular con apremio las preguntas que motivaban mi visita; mas la pícara, en vez de contestarme con la debida prontitud, saltó con esta requisitoria: «Ya sabemos que el señor Titín es el alma de este Gobierno federalucho. En los Ministerios no se hace sino lo que quiere esta buena pieza. Yo me alegro de verle tan por las nubes... Y voy á lo mío: he casado á mi niña; mi yerno es un cuitado, Pepe Verdugo, hijo del mandadero de las monjas de ahí enfrente. El pobrecillo no tiene sobre qué caerse muerto. Mis hijos viven con los padres de él, orilla del convento, y me están comiendo un codo... Bueno, pues yo quiero que me dé usted para mi Pepito una plaza en la Administración de los Reales Sifios, La Granja con preferencia, pues allí, de la poda y del aprovechamiento de yerbas sacan los empleados su buen cocido con gallina y jamón para todo el año.»

Mi respuesta, ya lo suponéis, fué que contara con el destinejo, y ella, cual si ya lo

tuviera en la mano, reventaba de satisfacción. Reiteradas mis preguntas, sacóme al pasillo para explicarse con más libertad, y ved aquí cómo lo hizo: «La *Graziella*, que como usted recordará tiene los demonios en el cuerpo y es sabedora de cosas mágicas ó hechiceras, se apartó de este buen señor por mandato de unas divinidades, que á mi parecer están emparentadas con las ánimas del otro mundo... Esa diabla toma, cuando le conviene, naturaleza ó hechura mundana, y con tal figuración está trabajando ahora de *suripanta* en el teatro de Las Musas, calle de las Aguas»... Por lo tocante á *Obdulia*, sólo sabía que no quiso embarcar en Barcelona y que escribió á la Marquesa de Navalcarazo, pidiéndole recursos para venir á Madrid. De esto hacía más de un mes. No me dió más noticias.

Y héme ahora, lectores amados, feligreses píos en estos divinos oficios de la Historia (ya veis que imito al obispo cismático y saladísimo), héme aquí repito, aunque sean cargantes tantos *hemes*, en la calle de las Aguas buscando el teatro de las Musas, que reconocí al fin en una fachada de almacén ó cocherón, en parte cubierta de carteles desteñidos y rasgados por el tiempo y la chiquillería vagabunda. La puerta estaba abierta. Entré. No vi á nadie. Di palmadas, voces, y al cabo, de la obscuridad de un pasillo entorpecido por rimeros de bastidores y de trastos polvorientos, salió un hombre en quien al punto reconocí con estupor á Serafín de

San José, el esposo de doña Cabeza. Su figura era lastimosa, su rostro famélico y displacente. En breves palabras me dijo que la compañía se había disuelto, que él fué dos meses *representante*, un mes *avisador*, y á la sazón, para que no pereciera de necesidad, le tenían de guarda del edificio. Estas explicaciones biográficas las empalmó con estrotras de mayor interés: «Ya sé por Cabeza que es usted el hombre más *puiente* de España. Tengo entendido que le escribió, contestándole usted que podía contar con la plaza. Ya sabe, guardia de Orden Público, ó agente de la *Secreta*. Para otra cosa no serviré; mas para esos oficios soy que ni pintado... Cuando le vi entrar, señor don Tito, creí que me traía el nombramiento.

—Hoy no te lo traigo, Serafín—le dije.— Otro día lo tendrás. Pero te advierto que te doy la plaza por complacer á tu señora, nada más que por eso, porque... debo decírtelo... en el registro de la Policía, en el Gobierno Civil, estás anotado como sospechoso... Y hay algo peor, Serafín: te han señalado como uno de los que en el Club de la Hiedra se juramentaron para matar á Pí, á Salmerón, y no sé si á Manolo Becerra.»

Oído esto, se iluminó con centelleos de indignación el rostro macilento de Serafín. Elevó sus descarnados brazos á la altura de la cabeza, y de su boca húmeda y temblante salió esta protesta iracunda: «¡Que me parta un rayo, señor Tito; que ahora mismo me quedé tieso en este portalón si yo he matado

jamás á ningún cristiano, ni siquiera á una picotera mosca! Es calumnia... Tengo enemigos que le llevan á Cabeza la fábula de que soy un disolvente, un anárquico y un *sanculoto*... Cabeza no me quiere. Para que vea usted lo mala que es, ayer fuí á su tienda, donde se están alistando los que forman la Corporación de *Vecinos honrados* del distrito de la Audiencia para defender el orden y la propiedad, y apenas me vió entrar salió como una furia con la vara de medir, y me echó á la calle con estos lenguarajos indecentes: *Ni tú eres vecino, ni honrado, ni tienes más comercio abierto al público que las Vistillas ó la Fuente de la Teja*. En fin, usted que la conoce bien sabe que es una víbora y...»

Le atajé en esta quejumbre amarga, ansioso de abordar pronto mi asunto. Y de *Graziella*, ¿qué? Respondióme que por este nombre no la conocía, y yo, después de darle las señas de su talle y rostro, añadí para completar la filiación que su voz era dengosa, con marcado acento italiano. «¡Ay, don Tito! —dijo el esmirriado San José.— Todas las pécoras que pasan por estas tablas son género averiado, y por el habla no las podemos distinguir. Si tiene usted interés en saber si estuvo aquí esa castaña pilonga, véngase conmigo al cuarto del que fué primer actor en una corta temporada de verso, don Hermógenes Cadalso, que hacía como los ángeles *La carcajada y Los pobres de Madrid*, y verá los retratos de casi todo el mujerío que ha pasado por este coliseo.»

Subí con Serafín por desvenecijadas escaleras lóbregas á una estancia asquerosa, cuyas paredes estaban llenas de recortes de periódicos y de toscos dibujos á pluma, fijados con engrudo. Eran retratos en caricatura de mujeres alegres ó de actrices despechugadas, feos y gróserotes, del peor estilo de aquellos tiempos en que era embrionario el arte de ilustrar periódicos. Por tales mamarrachos no podía yo reconstruir el aire y fisonomía de una persona determinada. Retiréme del horrible teatro, dejando á Serafín de San José una propineja para que disfrutase por algunas horas la alegría del beber, y le aseguré que vestiría muy pronto el honroso uniforme de Orden Público.

A escape me fuí al Congreso, donde teníamos aquel día elección de Presidente interino y de Mesa provisional. Se me olvidó decir que el 1.º de Junio, durante la solemne sesión de apertura, hubo gran desfile de tropas regulares y de Milicias, entremezcladas y confundidas para expresar con mayor realce la fraternidad entre el Ejército y los ciudadanos. Al pórtico del Palacio de las Leyes salieron muchos constituyentes, el Gobierno y el Cuerpo Diplomático. Estruendosos fueron los vítores y aclamaciones, así en los desfilantes como en la muchedumbre que los contemplaba. Una nota desagradable advirtieron algunos en el momento culminante de aquel entusiasmo. Se dijo, yo no lo vi, que ciertos oficiales y voluntarios intransigentes de la Milicia, al aclamar frenética-

mente la República Federal, se pasaban la mano extendida por el cuello mirando á los Ministros, como si recordaran el uso de la guillotina para castigar la debilidad, la cobardía ó la traición. De esta insolencia no bien comprobada se habló toda la tarde, y alguien aseguró que tendría castigo severo. Pero Figueras y Pí quitaron importancia á la broma descortés, y nada se hizo.

Elegido Presidente interino de las Cortes Constituyentes fué don José María Orense, Marqués de Albaida. En la discusión del Reglamento ocurrieron incidencias graciosas. Un diputado protestó iracundo de que le llamaran *Su Señoría*; fué un descuido del Presidente, pues la Cámara había acordado que el único tratamiento fuera *Ciudadano tal, Ciudadano cual...* Otro padre de la Patria propuso la supresión de los maceros, que consideraba como un signo de atavismo repugnante. Y un tercero pidió en largo discurso que se tapizara con terciopelo de otro color el escaño de los Ministros, pues lo de *banco azul* recordaba los desafueros de la Monarquía... El día 7 se eligió la Mesa definitiva. Después de constituidas las Cortes, aprobaron una Ley declarando la República Democrática Federal como forma de Gobierno en España, y surgió una crisis, que era la cuarta en los fastos de aquella República.

No necesito decir que en mis tardes del Congreso me vi asaltado por nuevos y más engorrosos pretendientes, á los cuales mi furibundo altruismo colmaba de risueñas espe-

ranzas. Pero lo más chusco fué que una tarde, atravesando la Plaza de las Cortes para irme á mi casa, vi que hacia mí venía con los brazos abiertos don Basilio Andrés de la Caña. «Este tío viene á estrangularme—me dije sobresaltado.—¡Dios me valga!» Pero lo que hizo el hombre fué abrazarme con ternura, clamando así: «¡Gracias, gracias, imponderable Tito, el hombre más influyente de estos Reinos... ó de estos Cantones! A usted debo mi felicidad; á usted debo mi plaza. Hoy me han dicho que mañana se firmará el nombramiento. Ya veo que Sorní le baila á usted el agua... Otro abrazo... Otro...» La desbordada emoción del financiero me sofocaba; sus apretujones me molían los huesos, y su aliento, que no era fragancia de rosas ni de ámbar, me revolvía el estómago. Quiso acompañarme hasta mi casa; pero le insté á que me dejara solo, y felicitándole con exagerado calor, apreté á correr por la calle de San Agustín.

Pues ahora veréis otro milagro. A la mañana siguiente entró en mi *sala de audiencias*, mejor será decir *despacho presidencial*, la bestia de doña Belén, madre de Candelaria. La introdujo Ido del Sagrario, con cierto aire ceremonioso y empaque de Portero Mayor ó Sumiller de Cortina. Venía la pobre mujer á darme las gracias por haberse conseguido lo que yo pedí al Ministro de la Gobernación, tocante al chinche de Rufino. Don Francisco Pí me había complacido al instante. Bien se veía que era yo su ojito derecho. No sólo

negó al maldito yerno el traslado á Madrid, sino que le ha mandado más lejos, á una provincia que llaman *Güelba*, allá donde San Pedro perdió las alpargatas. Luego me abrazó y estuvo á dos dedos de besarme, diciendo: «¡Bien por Tito, el hombre del gran poder!... Y ahora, chiquitín de mi alma, no me voy de su casa sin pedirle algo para mí. Un estanco en buen sitio, calle Mayor, Arenal ó Carretas.» Y yo, espléndido y magnánimo, le dije: «Mejor será en la Puerta del Sol, doña Belén. Lo pediré esta misma tarde...»

Las sesiones de las Constituyentes me atraían, y las más de las tardes las pasaba en la Tribuna de la Prensa, entretenido con el espectáculo de indescriptible confusión que daban los padres de la Patria. El individualismo sin freno, el flujo y reflujo de opiniones, desde las más sesudas á las más extravagantes, y la funesta espontaneidad de tantos oradores, enloquecían al espectador é imposibilitaban las funciones históricas. Días y noches transcurrieron sin que las Cortes dilucidaran en qué forma se había de nombrar Ministerio; si los Ministros debían ser elegidos separadamente por el voto de cada diputado, ó si era más conveniente autorizar á Figueras ó á Pi para presentar la lista del nuevo Gobierno. Acordados y desechados fueron todos los sistemas. Era un juego pueril, que causara risa si no nos moviese á grandísima pena.

La composición de la Cámara era de una divisibilidad aterradora. Formaban la Dere-

recha distintas castas de Benévólos; la Izquierda los Intransigentes, fraccionados en heteróclitos grupos: federales pactistas, orgánicos, simplemente autónomos ó descentralizadores, federales con vistas al colectivismo, y otros que se arrancaban con los criterios más extravagantes. El Centro era un arco iris con todos los colores del espectro solar del republicanismo. Nombrado un Ministerio, se deshizo al instante. El señor Tutau desenvainó unos proyectos de Hacienda que fueron conceptuados como declaración de la bancarrota nacional. En aquellos días apareció el famoso pasquín *¿Quién es Pedregal?*, que revelaba tanta grosería como ignorancia por tratarse de un hombre de relevante mérito, así por su grande inteligencia como por su acrisolada honradez.

De la caótica confusión salió al fin el acuerdo razonable de autorizar á Figueras para que continuara con sus Ministros al frente del Poder Ejecutivo. ¡Aclamaciones y vítores ensalzando la unión de los republicanos!... Pasado un día, nuestro gozo en un pozo. El Marqués de Albaida dimite la Presidencia de las Cortes. Renovación del barullo, que toca ya en la vesania. Después de varias sesiones diurnas y nocturnas, se faculta de nuevo á Figueras para formar Gabinete, sin someter la lista de Ministros á la aprobación de la Cámara. Empezaron las consultas y los ridículos cabildeos. Castelar quería vencer á Salmerón, Salmerón á Carvajal, Carvajal al demonio coronado...

En esto vino el estruendo final de la chispeante función de fuegos artificiales. Don Estanislao Figueras, enojado por la frialdad de Pí Margall en una entrevista que ambos tuvieron, cogió el tren sin decir nada á nadie, y de un tirón se plantó en Francia. Inaudito suceso, caso de flagrante deserción que nadie pudo explicar en aquellos días. ¿Qué motivó esta fuga? ¿El hastío, el miedo, la convicción de la vacuidad bullanguera de las Constituyentes? De todo hubo un poco; pero ninguna de estas razones pudo absolver al Presidente de su insana conducta. ¡Qué chasco nos dió, á cuantos verdaderamente le amábamos, aquel hombre tan entendido, ingenioso y simpático! Fué orador insigne, y en su carácter la vivacidad y exquisito trato llenaban el espacio que dejaba vacío la falta de entereza. Doy á este breve juicio un sentido necrológico, porque aquel día murió políticamente don Estanislao Figueras.

Hasta pasadas veinticuatro horas no se tuvo noticia cierta de la fuga del que había sido figura eminente de la primera República española. La estupenda nueva partió del Banco Azul; corrió los escaños con hondo murmullo; subió á las tribunas; propagóse con eléctrica velocidad por todo el edificio. Del estupor que sentí ante suceso tan grave, que era el mayor descrédito de la Causa, me puse malo. Al despedirme de mis amigos en la Tribuna de la Prensa, no podía tenerme en pie. Salí tambaleándome, y al llegar á la escalera, asaltó mi alma un horroroso pánico

creyendo que se desplomaba el edificio. Furibundos golpes, como de grandes peñas que hirieran los peldaños, me recordaron la sugestión morbosa que padecí una noche transitando por la calle del Arenal y Puerta del Sol. Eran los pasos de una gigantesca figura invisible... Creí que la escalera se convertía en astillas. A mi parecer bajé rodando, á gatas, ó no sé cómo... Pensé que el aire de la calle me despejaría la cabeza; pero no fué así.

En Floridablanca, Plaza de las Cortes y calle del Prado, el tremendo andar del sér misterioso hacía trepidar el suelo. Inclinábanse las paredes de las casas, como haciendo cortesías. Guiado por los pasos del fantasma entré en la calle del León. La terrible quimera, que no impresionaba mi vista sino mi oído, se desvaneció cuando me aproximé á la Academia de la Historia... Recobrada mi normalidad, se me ocurrió meterme en la portería de la docta casa y preguntar por *doña Mariana*. Los porteros, asombrados de mi pregunta, no me dieron razón.

IX

Sin salir de casa en tres días, enfermo del ánimo más que del cuerpo, supe que el Capitán General de Madrid señor Socías, al tener noticia de la huida de Figueras, ordenó á varios Generales y Brigadieres amigos suyos que se pusieran al frente de las fuerzas